

Después que llegaron á la tierra mas alta agotaron sus fuerzas, pero al fin cuando parecieron los otros metros tintes de la altura habian casi concluido su trabajo y cuando empezaba á subir el sol Rafael era mas bien arrastrado que llevado al lugar en que iba á reposar para siempre.

—Son los españoles murmurando fustamente consternados.

—Anda enfillos los caballos mientras que yo concluyo este triste trabajo, le dijo la heroica Margarita. Apenas habia echado la última pata de tierra apenas habia tenido tiempo Anselmo de traer los caballos cuando apareció una partida de hombres armados.

Margarita se bajó sin embargo por último á besar la tierra murmurando una corta oración, montó luego en su caballo ayudada de Anselmo y sin hacer el menor caso de la partida que se aproximaba, dijo todavía acercando su caballo al sepulcro.

—Adios, Rafael!

Los españoles los vieron, los siguieron; pero los jóvenes que iban ya á escape habian llegado á una arboleda y habian desaparecido entre el follaje.

que según dice se ha referido de los últimos después de haber sido cortado por el camino en una distancia de unas cuantas leguas que es muy posible que se haya perdido en este estado con tanto más prontitud.

CAPITULO LII.

OTRA VICTIMA ILUSTRE.

El sol caía á plomo sobre la noble ciudad de Chilpancingo y los principales miembros del congreso con la consternacion pintada en el semblante, se habian reunido á deliberar debajo del mas frondoso tamarindo que habia en la plaza, respecto de la aterradora noticia que habian estado trayendo los dispersos sobre la completa destruccion del ejército de Morelos en los cuatro combates en que se peleó por su parte con tanta desgracia como torpeza, desde Valladolid hasta Puruarán, cayendo prisionero Matamoros en el último que fué el que se libró en el funesto dia 5 de Enero del año de 1814, á los tres años cuatro meses de haberse proclamado la independendia.

—Estamos perdidos, decia Herrera, si son ciertos todos los detalles que me acaba de dar Francisco Go-

mez, que segun dice, se ha retirado de los últimos, despues de haber sido cortado por el enemigo en una barranca, quien afirma que es muy posible que apenas Morelos se haya escapado con cinco ó seis hombres.

—Si es que no ha sido alcanzado y hecho prisionero, agregó Liceaga.

—No, dijo el Dr. Cos con cierta firmeza que hacia contraste con el acerto quejumbroso de los otros, el único que cayó prisionero fué Matamoros, que á estas horas debe haber sido fusilado segun la regla invariable de los realistas que á nadie acostumbran otorgar perdon; Galeana ha escapado con algunos; D. Ramon Rayon tiene toda su fuerza y Morelos lleva mas de ciento cincuenta hombres bien armados.

—¿De dónde ha cogido el Sr. Dr. esas noticias? le preguntó Herrera.

—De boca de un oficial que ha salido hoy mismo con diez individuos á buscar á Galeana. El presencié oculto debajo del puente todos los últimos episodios del combate, vió caer al coronel Rafael Fuentes que peleaba al lado de Matamoros, vió como fué aprehendido este por cinco soldados españoles y como Rayon pudo retirarse en buen orden á la vista del enemigo.

—Pero el hecho es que se libraron tres combates consecutivos y que en los tres combates se perdieron todos los magníficos elementos que se habian acumulado con tan enormes sacrificios, murmuró Quintana.

—El que tiene la culpa de todo es el malvado Dr. Velasco, dijo entonces Liceaga sin poder ya contener su ira.

—Pues ¿cómo? le preguntaron dos ó tres diputados.

—Porque en la primera reunion del congreso fué quien sostuvo la picardia de que se hiciera á Morelos generalísimo: este se infatuó y comenzó á hacer locuras imperdonables, no oyendo consejos ni opiniones de nadie. ¿Quien diablos lo llevó á Valladolid sino el deseo de vengarse de Abad y Queipo que lo ha puesto como chupa de dómine y de aparecer allí, donde lo conocieron pobre y desdichado, con toda la pompa de la fortuna?

—No es tan vano Morelos y más altas miras fueron las que lo llevaron á Valladolid, dijo el Dr. Cos.

—¿Cuáles? preguntó Liceaga.

—Conquistar una plaza fuerte y céntrica para que pudiera establecerse en ella el asiento del gobierno.

—¡Boberias! exclamó Herrera que era uno de los mas indignados contra Morelos, bastante se le hizo presente que necesitábamos primero asegurar lo que teníamos para emprender despues nuevas conquistas y que desde Oaxaca hasta Acapulco sobraban leguas en que pudiera encontrarse el congreso ejerciendo tranquilamente sus funciones.

—Para mí, continuó diciendo Liceaga, no debemos buscar otro fundamento á nuestras desgracias que el desdichado nombramiento de generalísimo.

—Para mí también, añadió Herrera.

—Y también para mí, agregó Verduco que hasta entonces había guardado silencio.

—En la guerra no todos los resultados son iguales y la prueba es que los mejores generales del mundo han visto en un momento dado eclipsárseles su fortuna, objetó sentenciosamente el Dr. Cos.

—No hay efecto sin causa, dijo también sentenciosamente Quintana, y yo creo que no hay derrota en un ejército que muchas veces ha salido victorioso, sino por imprudencias y malos cálculos de los gefes. Lo de Valladolid ha sido una de esas estupideces que no tienen nombre.

—Y si se ha triunfado allí? preguntó Cos.

—Si se ha triunfado en Valladolid, contestó Liceaga, en el supuesto de que se pudieran lograr las empresas imposibles y esa fué una de ellas, si se ha triunfado en Valladolid no se hubiera ganado gran cosa, porque es plaza que no puede sostenerse, y tendría que haberse perdido una vez que se hubieran presentado allí los ejércitos realistas de Guadalajara, México y provincias internas para recuperar la ciudad.

—No, no podía tener objeto provechoso el ataque á Valladolid, dijo con tono doctoral Quintana, en ese punto abundo en el parecer de mis compañeros.

—Todavía hubiera sido una maniobra militar mas acertada, dijo Herrera que se preciaba de tener conocimientos en milicia, levantar el sitio que había comenzado á ponerse en Valladolid y dar frente con ra-

pidez al ejército de auxilio que llevaban Llano é Iturbide, cayéndoles de sorpresa.

—Indudablemente, afirmó Liceaga y no que se fué á poner á nuestro ejército entre dos fuegos del modo mas perverso y desatentado.

—La verdad es que no se confía así en una aventura tan incierta la suerte de toda una nacion.

—Pues yo soy de parecer que Morelos ha cumplido fielmente con su deber, dijo el Dr. Cos, y que no ha perdido ni la confianza del congreso ni la del pais que no pueden dejar de agradecerle los esfuerzos que ha hecho por la libertad.

—Si hubiera al menos sabido sacrificarse, contestó Liceaga, pero á quien sacrificó fué á Matamoros.

Sobre este punto no creyó deber argüir cosa alguna el Dr. Cos porque estaban los ánimos exaltados; pero al fin se convino por la mayoría en tomar algunas determinaciones en su mayor parte hostiles á Morelos, como fué la de exhonerarlo del cargo de generalísimo, la de nombrar á Rayon gefe superior de las armas de las provincias de Oaxaca, Veracruz y Puebla y la de dictar algunas disposiciones militares que invadian la esfera propia de quien recientemente había recibido del mismo congreso facultades amplísimas para el ramo de la guerra.

La pérdida del ejército en Valladolid había sido pues, como el toque de arrebato entre los revolucionarios y de donde tomaron origen las mayores desdichas que siguieron lloviendo sobre todos aquellos patriotas que con la mejor intencion ayudaban con

su aturdimiento á hacerlas mas grandes é irreparables.

Morelos entre tanto llegó á Tlacotepec no solo con los ciento cincuenta hombres que habia salvado de los últimos combates, sino con otros ochocientos mas que habia reunido de los dispersos, habiendo mandado del camino á un español prisionero á quien dió libertad con tal objeto, que llevara una carta al virey en la cual le ofrecia que si dejaba vivir á Matamoros aunque no lo pusiera libre, él le entregaria á todos los prisioneros que tenia en diversos puntos y que pasaban de cuatrocientos: es decir, Morelos, tan solo porque no se fusilara á Matamoros, ofrecia poner en absoluta libertad á cuatrocientos españoles. Pero Matamoros fué ignominiosamente ejecutado en Valladolid el 3 de Febrero y entonces la mayor parte de los españoles presos sufrieron la misma pena por la ley de las represalias. Solo en estos casos extremos aplicaban la pena de muerte los caudillos insurgentes, de manera que se puede afirmar que no eran ellos los que mataban á los españoles sino el mismo Calleja y sus parciales que nunca quisieron admitir canges ni quitar á la guerra el carácter de sangrienta y bárbara.

Pronto los miembros del congreso se vieron amenazados por los realistas que tomaron una actitud agresiva de las más rápidas, obedeciendo á un plan militar de Calleja, teniendo aquellos que abandonar su refugio de Chilpancingo para comenzar una peregrinación que sabe Dios dónde terminaria. Morelos,

pensando siempre en protegerlos se incorporó con ellos en Tlacotepec y aunque fué recibido por una comision y todos le acordaron una benévola acogida, pronto se apercibió de que ya no tenia entre ellos el mismo prestigio, de manera que cuando el Dr. Cos le anunció que le habian quitado el título de generalísimo, se encogió de hombros y le contestó secamente:

—Mejor que mejor, así tendré menos responsabilidades.

Y cuando estuvieron todos juntos les dijo:

—Señores, yo no quiero mando ni poder ninguno, sino pelear únicamente en las filas independientes como último soldado.

Todos se vieron unos á otros sin acertar lo que deberían decirle ante aquella salida tan humilde como patriótica, y solo Liceaga despues de mucho cavilar le contestó:

—Las medidas que adoptó el congreso han sido solo una satisfaccion pública; pero usted seguirá mandando y obrando como siempre á discrecion.

—Lo mejor por ahora, agregó por su parte Herrera, seria que el general Morelos tomara un asiento en el congreso y se consagrara con nosotros á dictar las medidas políticas que mas se necesitan, como la de la Constitucion, para que se pueda tener el nuestro como gobierno verdadero.

—Está bien, marcharé reunido con ustedes á donde sea necesario, contestó Morelos, pero siempre lle-

varé una escolta de dos ó trescientos hombres que les sirva de respeto.

Habian acordado distribuir el poco dinero que tenían en sus cajas, tocando á cada vocal seiscientos pesos, á lo cual Morelos dijo:

—Yo cedo mi parte á los demas, porque no necesito dinero mas que para comer y comeré donde sus señorías coman.

Por mas que hicieron no lograron hacerlo recibir aquel prorateo.

Mientras tanto Galeana, con muchos trabajos despues de la dispersion de Puruarán, se habia internado en la costa buscando los lugares que le eran conocidos para rehacerse; pero como todos estaban ocupados ya por los realistas que sabian de antemano que allí debia ser la madriguera de los dispersos, á duras penas logró reunir unos cien hombres con los cuales se presentó en el Veladero, punto importante que siempre habian conservado los insurgentes como la clave de sus operaciones militares y en el cual habia dejado Morelos una pequeña guarnicion. El activo teniente coronel Armijo, uno de los realistas mas sanguinarios y mas ladrones, pues iba siempre mas en pos del botin que de la gloria, el cual con mucho acierto fué designado por Calleja para hacer aquella campaña, emprendió pronto el sitio de aquella posicion que logró tomar al cabo de veinte ó treinta dias de duros y repetidos combates, pues Galeana hacia frecuentes salidas llevando siempre consigo la devastacion como un impetuoso torrente; pero al fin ven-

cido se vió precisado á huir con unos cuantos hombres por las mas escarpadas montañas, sufriendo por algunos dias todas las hambres y miserias imaginables. Llegando á Cacahuatpec logró reunir ciento cincuenta hombres mal armados, con los que se dirigió á la Costa Grande, desertándosele en el camino el capitan Echeverria con casi la mitad de la fuerza, llegando el caudillo con unos cuantos á la hacienda del Zanjón; pero por fortuna se le unió una pequeña fuerza que mandaba D. Juan Alvarez, que ya habia comenzado á figurar como guerrillero, y pudo emprender algunas operaciones como la prision de un traidor llamado Cabadas en Petatlan, el cual habia entregado á Ayala el estandarte de Morelos en Acapulco. Ese Cabadas, en premio de su indigna accion, habia sido nombrado capitan de Patriotas de Petatlan: allí fué derrotado y muerto por una fuerza que e destacó Galeana.

Del mismo modo lograron los Galeana, D. Hermenegildo y D. Pablo, sorprender la guarnicion de Azoyac que hicieron toda prisionera, muriendo los gefes realistas Salvador Muñoz y Gerónimo Barrientos que habian hecho mucho daño á la causa de la independencia.

Inmediatamente Armijo, que estaba encargado, como hemos dicho, de la pacificacion del Sur con buen número de tropas, aunque tenia su atencion fija en Morelos y demas gefes que procuraban rehacerse yendo de un punto á otro con pequeñas partidas,

mandó al capitán Avilez con una fuerte sección previniéndole que persiguiera sin cesar á Galeana hasta destruirlo. Avilez se situó en Coyuca en observación del enemigo, pero allí mismo fué atacado por los Galeana que ya contaban con unos quinientos hombres, de estos cien armados con fusil, contando por toda artillería con solo un cañón. Había sido tal la escasez de parque de los insurgentes que tuvieron que sacar el plomo de las redes de los pescadores, manteniéndose además con yerbas en los montes á donde se retiraban, pues estaban rodeados de enemigos por todas partes.

Viéndose Avilez provocado en su mismo cuartel general por aquellos valientes, después de tomar sus medidas para dar un golpe decisivo, salió á buscarlos en el monte que ocupaban en donde fueron completamente deshechas las primeras partidas de reclutas que se presentaron. Sin embargo, esto les sirvió para conocer la posición y el número del enemigo que, como hemos dicho, no contaba más que con cien armas de fuego. Entonces Avilez situó piquetes de caballería en todas las veredas por donde los insurgentes podían escapársele y él con más de ochocientos hombres bien armados se presentó por el frente destacando dos columnas de infantería que debían ir avanzando paralelas. Estas fueron recibidas con un fuego escaso pero certero; los de Galeana parapetados detrás de los árboles y distribuidos en una gran extensión hacían mucho daño al enemigo sin recibir

ellos ninguno; pero no era posible que faltos de municiones y rodeados de un enemigo numeroso pudieran sostenerse mucho tiempo; así es que aunque lograron rechazar una de las columnas, la otra que mandaba el mismo Avilez penetró en el bosque, mientras que otras fuerzas que había destacado con anticipación atacaban á Galeana por la retaguardia. Este tuvo entonces que abandonar su único cañón para atender á aquella emergencia; pero los suyos se desmoralizaron y empezaron á desbandarse. Entonces, como en otras veces, hizo esfuerzos para detenerlos exhortándolos á que hicieran el último esfuerzo, apareciendo en todos los puntos en que había mayor peligro, pues bastaba que se presentara con cinco ó seis hombres gritando: "Aquí está Galeana" para que los suyos cobraran ánimo y para que los enemigos le abrieran paso, á tal punto su valor se imponía en unos y en otros.

En esta ocasión no le fué posible más que contener un poco el grueso del enemigo que se le echaba encima mientras que su sobrino D. Pablo trataba de asegurarle paso por la retaguardia. ¡Todo en vano! Los realistas avanzaban siempre compactos con todos los elementos de combate, mientras que los insurgentes no podían hacer fuego por falta de parque, hasta quedar Galeana completamente solo en el lugar del combate.

Entonces se le presentó un capitán de patriotas que había sido amigo suyo llamado D. Juan de Olivar, el cual le dijo:

—Ríndete, Galeana, yo te prometo que serás tratado con todas las consideraciones debidas á tu rango; aquí traigo el tercer indulto que te manda Armijo.

—Nunca, le contestó Galeana.

—Mira que no tienes ya salida; aquí está tu indulto.

—Pues que me maten si quieren, contestó Galeana picando su caballo para introducirse en la espesura del bosque.

Al dar la vuelta su caballo que era muy brioso, se encabritó haciendo que el general se diera un fuerte golpe en la cabeza contra la rama de un árbol, cayendo á tierra desvanecido.

Ninguno se atrevia á acercarse temiendo recibir la muerte de mano de Galeana; no obstante que estaba desarmado hasta que el soldado Joaquín de Leon le tendió el fusil, le disparó en el pecho y en seguida le cortó la cabeza para llevarla como trofeo á Armijo, quien lo premió con diez pesos.

Así concluyó la carrera militar de tres años de aquel sublime héroe de nuestra santa independencia, llamado D. Hermenegildo Galeana.

CAPITULO LIII.

LA CONSTITUCION.

Cuando Morelos, que á su vez se encontraba en muy grandes apuros, pues estaba rodeado de enemigos, tenia que defender al congreso que tambien era perseguido tenazmente y que dictar todo género de disposiciones para que la revolucion no sucumbiera, supo la muerte de su muy querido general Hermenegildo Galeana, se soltó llorando como un chiquillo y se le oyó exclamar: "He perdido mis dos brazos: ¡ya no soy nada!" Y era la verdad: muy difícil le iba á ser en lo sucesivo encontrar dos gefes tan llenos de valor, tan adictos, tan obedientes, tan moderados, tan sufridos y tan llenos de elevadas virtudes como Matamoros y Galeana.

Francisco y Colás, viendo á su amo muy triste, venian algunas veces á su lado en la peligrosa pere-